



**LAS ZAPATILLAS
VIETNAMITAS**

MANUEL MIRA CANDEL

LAS ZAPATILLAS VIETNAMITAS

Por **MANUEL MIRA CANDEL**

Copyright © 2013, Manuel Mira Candel

*Para Jan Pieter, que me guió por
las calles de Jordaan y me aguardó
en el avión a Hanoi*

ÍNDICE

PRIMERA PARTE

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

SEGUNDA PARTE

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

TERCERA PARTE

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Capítulo 31

Capítulo 32

CUARTA PARTE

Capítulo 33

Capítulo 34

Capítulo 35

Capítulo 36

Capítulo 37

QUINTA PARTE

Capítulo 38

Capítulo 39

Capítulo 40

Capítulo 41

Capítulo 42

LOS ÚLTIMOS 195 METROS

PRIMERA PARTE
ÁMSTERDAM

Octubre de 2007.
Al día siguiente de la
prueba de Maratón.

1

Era un presentimiento que no sabía si le llegaba de los acordes del bandoneón que tocaba un músico ciego o del propio rostro del otoño que lo inclinaba a la melancolía. Sucedió al día siguiente de correr el maratón. Después de desayunar, Daniel Conques se asomó desde la ventana de su casa a Egelantiers Gracht y supo que alguien lo espiaba.

Ninguna pieza en la arquitectura del apacible barrio de Jordaan reflejaba un mínimo sesgo de hostilidad. Y sin embargo, sus ojos escudaron el paisaje de orilla o orilla del canal, las baldeadas cubiertas de las barcas y las estelas de las bicicletas en las rampas de los puentes. No halló ni un simple amago que justificara su inquietud. Sus ojos se detuvieron en las terrazas de los cafés Smalle y Prins. Una a una, repasó las expresiones de los clientes que disfrutaban del tibio sol de la mañana. Leían los periódicos o reclinaban la cabeza hacia atrás y cerraban los ojos al sol.

Pero la corazonada de que alguien lo aguardaba en la calle siguió empapándolo por dentro como una papilla opaca.

Ámsterdam parecía, seguramente lo era, una ciudad disecada, estupefacta ante el otoño que se le venía encima, y era incapaz, como el propio Corques, de reaccionar ante lo inevitable. Él podía cavar en la tierra un agujero de

cuarenta y dos kilómetros y ciento noventa y cinco metros para ocultarse, pero, en cambio, le costaba afrontar la idea de salir de su escondite y enfrentarse a la vida.

Su mirada planeando sobre el canal había sido activada por un detector de sospechas. Observó el vuelo de los pájaros y siguió el rumbo de las nubes. En paralelo al canal, sus ojos iniciaron un *travelling* desde el Museo de los Tulipanes hasta el Pulitzer Hotel, en cuya fachada de cristales ahumados se reproducía en escorzo el talle del portero. Las ramas de un álamo negro proyectaban un gigantesco sombrero de copa: la cabeza de un alce de doce puntas. A esa hora, las nueve y cuarenta y cinco minutos, la única materia inerte que parecía cobrar vida ante la perspectiva que abarcaba su vista era el gallo que coronaba el campanario de la Wester Kerk: el sol transformaba su cresta en la corona de un ángel.

Conques se encogió de hombros y meneó la cabeza nerviosamente: *¿Quién podría localizarme aquí?*, se preguntó.

No respondió.

Me persiguen. El mundo lo acosaba porque amaba la soledad, pensó. Le llamó la atención que los transeúntes que escalaban a esa hora la joroba del Hilletjesbrug lo hacían más acelerados que nunca.

Volvió a preguntarse: *¿Por qué camina la gente tan deprisa?* Tras un largo silencio, la idea de que lo estuvieran persiguiendo le pareció disparatada. Él no era un hombre que esperara demasiado de la vida. Estaba en paz consigo mismo y con los demás. Nada tenía que temer.

Tranquilo, tranquilo. Se removió el pelo. Estaba limpio, aún húmedo por la ducha. Sonrió al ciego que tocaba el acordeón –a él le había parecido que era un acordeón, pero estaba equivocado– en lo más alto del puente; miraba con fijeza al cielo a través de unas voluminosas gafas de concha de cristales negros.

Conques no pudo reconocer al principio la música que brotaba del fuelle. ¿Un vals? Quizá una vieja canción de la Piaff. Quedó un instante pensativo y admitió que podía ser un tango. Los agudos de la melodía estimularon, aún más, su convicción de que estaba siendo vigilado. Se fijó un instante en el ciego, en el instrumento que tocaba y con el que tan hábilmente hacía languidecer al mundo removiendo las tripas de la nostalgia. Tal vez fuese un bandoneón, cayó, finalmente, en la cuenta. El músico ladeaba su cuerpo, no su cara, que parecía haber encontrado una postura cómoda en línea recta a la ventana que Daniel acababa de abrir en su casa.

Aquel invidente interpretaba un tango, se dijo el corredor de fondo. Ahora estaba seguro. La misma pieza que había oído tararear a Amalia. Hacía una eternidad. No quiso precisar el momento exacto. Le bastaba recordar que Amalia entreabrió sus labios, muy cerca de él, tal vez en la cama antes de dormir, cuándo, volvió a preguntarse, mejor no traspasar esa frontera de la memoria. *Estaba junto a mí*, la música brotó, inesperadamente, de sus labios. Fue al mediodía, logró precisar. Eso es. Él estaba en la cocina, ella entró, lo besó y le mostró la fotografía de los príncipes, *canturreando aquella canción...*

Alzó la vista y por un momento mantuvo el rumbo de las veloces nubes procedentes del Atlántico navegando por el cielo: buscaban, enloquecidas, a sus amantes alpinos, pensó. *No cabía otra explicación*. Sonrió. De uno de los álamos más altos brotó un tropel de asustadas avecillas, pero no se atrevió a identificarlas. Quizá fueran estorninos. Era una mañana limpia y un velo de cal perfumado de sal envolvía el aire.

A lo más que aspiraba ese día de finales de octubre de 2007 era a relajar sus fatigados músculos en el laberinto del Vondelpark. Era su costumbre al día siguiente de la carrera.

Se había preparado, con ánimo de zampárselos al mediodía, un par de bocadillos con jamón y queso. Después, al atardecer, visitaría a sus suegros en su casa del canal en las afueras de Katwijk. Siempre que acudía a Ámsterdam por algún motivo (casi siempre era en su cita anual con el maratón) hacía por verlos: "Sigue habiendo tristeza en sus ojos", los recordó. Le agradaba estar con ellos. Sabía que su presencia era, para Peter y Beatrijs, un motivo de agasajo, de reencuentro con imágenes enterradas.

Después, dentro de un par de días, a lo sumo tres, regresaría a España para preparar su próxima salida. Le habría gustado participar en el maratón de Buenos Aires, en la primera quincena de noviembre, pero disponía de pocos días para recuperarse y afrontar la prueba en condiciones. En diciembre destacaba en el calendario la cita en Hanoi. Había escuchado que los vietnamitas carecían de preparación para organizar una prueba atlética de envergadura. Pese a ello, intentaría acudir.

Hace tiempo que Amalia estuvo en Hanoi, pensó, muy de pasada. Y se miró las zapatillas: modelo único, casi unas piezas de museo. Eran las mismas que usaba en las carreras.

Antes de cerrar la ventana, cuando ajustaba el cierre y corría los visillos y los estiraba con la mano para que no se arrugaran, le sobrevino una reflexión que seguía intranquilizándolo: había dormido como un recién nacido después de una borrachera de calostro, pero no pudo evitar, al despertar, reproducir las dificultades a las que se había enfrentado el día anterior. *El muro* se le apareció más avasallador que nunca.

Estuvo a punto de desfallecer.

No le solía ocurrir: él era un corredor fiable y seguro. Su alimentación era la adecuada. No sometía a su cuerpo a beligerancias que pudieran perjudicarlo.

Pero le preocupaba que *el muro* hubiera estado a punto de vencerlo el día anterior.

Hitting the wall, musitó.

Su memoria localizó el instante en que escuchó por primera vez esa expresión, que le sonaba a título de canción de los Beatles: fue en el Puente de Verrazano, Nueva York; minutos antes de empezar la prueba. El año anterior al del atentado a las Torres Gemelas. Cientos de corredores, alineados en fila india, con los ojos cerrados frente al sol, vertían el caño curvo de sus orines a la hermosa bahía.

Asían con las manos sus penes temiendo que pudieran saltar como salmones en busca de la contracorriente del Hudson. Aunque parecían abstraídos en la flaqueza de sus miembros, atentos al vigor del chorro, sólo pensaban en *el muro*. A todos se les había aparecido alguna vez.

“¿Y usted, compadre, cuántas veces se arredró ante el febril canalla?”, le preguntó un corredor mejicano que meaba junto a él.

Conques echó un último vistazo a su calle, a su canal, a las criaturas muertas del pequeño universo en el que Amalia, de niña, soñó con descubrir el misterio del manuscrito de Voynich. Los timbres de las ubicuas bicicletas seguían entremezclándose con las notas del bandoneón. Ella la tarareaba. La besó. Su lengua se entrelazó con la suya.

El agua se remansaba entre las barcazas fondeadas en el canal. Descorrió las cortinillas de la ventana y se dispuso a salir. Lo hizo después de ajustarse a la espalda su mochila de trapo. Luego apagó la luz y se precipitó escaleras abajo. La única forma de salir de dudas era que el intruso, si quería dar la cara, lo abordase en la calle.

2

El rostro de León Biever difundía un aire de concentración. Se había tomado un segundo café en Smalle, frente al Museo de los Tulipanes. Sentado a una mesa en la acera que ocupaba la fachada del bar, inclinó levemente el cuerpo hacia delante, como si quisiera ver el fondo del canal, por si el espejo del agua repetía la sombra del atleta a punto de abandonar su casa.

A esa hora de la mañana, las diez menos cuarto, el otoño de Ámsterdam tenía la luz de los cuadros de Vermeer. El mismo resplandor se deslizaba por debajo de los puentes y se expandía sobre la plácida, inmóvil, corriente del canal. León Biever acentuó su vigilancia sobre el temblor del agua, por si una sombra revelaba la presencia del atleta. Lo conocía por fotografías. Giró la cabeza a la derecha, pero sólo vio a un ciego que tocaba el bandoneón.

León Biever se puso las gafas de montura metálica. Se sintió más anónimo, más seguro. De vez en cuando se desgarraba una hoja seca de los álamos y giraba en el aire con la torpeza de quien juega a la gallinita ciega; al posarse sobre el canal se rizaba la corriente y se estremecían las barcas.

Desde su posición, la visión de la esquina que vigilaba era total. No podía habersele escapado. Hacía un par de meses que se había enfrascado en la vida del hombre al que debía abordar en los próximos minutos. Poseía una documentada y precisa información acerca de su pasado más reciente. Había leído decenas de expedientes de todo tipo sobre él, escuchado grabaciones, intervenido en encendidos debates con agentes de la inteligencia holandesa y policías expertos en la lucha antiterrorista. Pasaba por ser un buen tipo. 52 años, madrileño. ingeniero industrial, alto ejecutivo. Casado en 1988 con una ciudadana, periodista, de los Países Bajos. Melancólico. Solitario. Un hombre cuerdo, inteligente y sagaz, aunque algo tímido. Todo en él parecía destinado a cumplir las leyes de la rutina. Metódico y desconfiado. Con una pasión única que lo definía como ser humano: su misión en la vida era correr maratones. Conques corrió en 2005 once maratones; al siguiente año, trece. En los primeros diez meses de 2007, doce. Y con el de Ámsterdam, trece. Seguramente este año batiría su propio récord. El diario *El País* le dedicó hace un par de años un reportaje en su revista dominical: "El español que más corre", titulaba en sus páginas a color, con una gran fotografía de él mirando al objetivo acusador de la cámara: alto, rostro circunspecto, expresión triste, ojos profundos, negros, sus párpados ligeramente abatidos. *Demasiado melancólico*, pensó Biever en aquel momento. Una raya en la frente separaba las zonas de sol y sombra de su cuerpo.

La muerte de su mujer casi lo enloqueció.

Había oído decir que, un día de primavera, Conques arrojó al viento las cenizas de su mujer desde lo alto del puente de Hilletjesbrug, justo desde el mismo lugar donde ahora los compases del tango envolvían la atmósfera del barrio de Jordaan. A León Biever le sobrevino una incierta ensoñación: ¿Y si pedía un bourbon?, se preguntó. Lo descartó. Estaba de servicio. *Claro que me apetece.*

Un bolígrafo encima de la mesa. Y una pequeña libreta con anillas al lado por si tenía que tomar alguna nota. Hojas en blanco. Sus jefes le habían asegurado que Conques aparecería poco después de las diez. Al parecer, era lo habitual. A esa hora solía iniciar sus ejercicios en el Vondelpark. Los informes policiales demostraban que el atleta había sido sometido a una estrecha vigilancia durante muchos meses. *¿No se estará vulnerando algún derecho?*, preguntó a sus jefes. *Es nuestro trabajo.*

Biever lo había estado observando el día anterior en distintos momentos de la prueba, confundido entre la muchedumbre que vitoreaba el paso de los corredores, al cobijo del inmenso enramado de un castaño de indias, sentado a una mesa en la terraza del Blauwe Theehuis o sentado en el banco de una parada de tranvías.

Lloviznaba.

Hacia mitad de la prueba, Conques pasó ante sus narices en un grupo compacto de veinte corredores, algo distanciado de la cabeza. Llevaba una buena marcha (para hacer algo menos de tres horas, lo que no estaba nada mal en un deportista *amateur*) y exhibía un estilo peculiar. Se le notaba que era un corredor avezado. Su zancada era larga, cadenciosa, elegante. Vestía una camiseta roja, holgada, que le colgaba fuera del pantalón. La punta de un pañuelo blanco tremolaba desde el bolsillo trasero. La gorra puesta del revés, también roja, la visera ribeteada de amarillo. Era el cuerpo perfecto de un atleta: fibroso, sin un gramo de grasa de más, músculos largos, como troquelados por la sacudida de un látigo, rostro enjuto, mercurial, piel cobriza, pelo rizado corto, del color pardo de los leones viejos. Se fijó en sus zapatillas: idénticas a las que había visto en las fotografías tantas veces. No tenía duda. *Son las mismas zapatillas.*

Biever las había examinado decenas de veces desde todos los ángulos, sobredimensionadas en pantallas de or-